

do y prefería sufrir su penitencia, no muy severa á estar en las lenguas de otras gentes respecto á sus horas extraordinarias.

Platte olvidó poco después todo lo referente á los relojes y partió del país con su regimiento. Mrs. Larkyn regresó á Inglaterra con su marido, cuando éste cumplió el tiempo de servicio en la India, pero no olvidó jamás.

El subalterno tuvo razón al decir que la broma había ido demasiado lejos.

Las sospechas y lo trágico de éstas—que nosotros seres superficiales no podemos ni ver ni creer—están matando á la coronela y hacen desgraciado al coronel.

Si cualquiera de ellos lee este cuento, podrá fijarse bien en las enseñanzas que encierra y después besarse los dos y volver á ser amigos.

Shakespeare alude al placer de ver á un ingeniero hecho trizas por su propia batería; lo que prueba que los poetas no deberían escribir de lo que no entienden.

Cualquiera podía haberle dicho que zapadores y artilleros no son una misma cosa; pero si, corrigiendo la frase, se sustituye ingeniero con artillero, la moral viene á ser la misma.



UN ESPECIFICO

Durmiendo Jove pueden triunfar
hasta los dioses más inferiores;
pero pãdecen leves errores
si olvidan la hora del despertar.

EN otro tiempo, y según sabe todo el mundo, cada cinco años contratábamos un Virrey, y cada Virrey importaba, entre otros efectos de su equipaje, un secretario particular, que era ó no el verdadero Virrey, según se dignaba ordenarlo el Destino, deidad que tanto se ocupa del Imperio de la India sin duda porque, gracias á lo grande que es, está desamparado.

Una vez hubo un Virrey que trajo consigo un secretario particular muy turbulento; duro en el fondo, suave en la forma y con una pasión mórvida por el trabajo.

Este secretario se llamaba Wonder Juan Fennil Wonder.

El Virrey, en cambio, no tenía nombre, sino una sarta de condados y las dos terceras partes del alfabeto detrás de ellos.

En confianza solía decir que él era el mascarón plateado que remataba una administración dorada, y se divertía, á la par que dormitaba, viendo los esfuerzos de Wonder por meterse en todo y querer hacerlo todo.

—Cuando seamos los dos serafines — decía S. E. — mi bueno y querido amigo Wonder se pondrá á la cabeza de la conspiración para arrancarle la cola de plumas al arcángel Gabriel y robarle á San Pedro las llaves del cielo. Entonces tendré que delatarle.

Pero como el Virrey no hacía nada para poner coto á las oficiosidades de Wonder, empezaron á decirse cosas poco agradables.

Tal vez la murmuración comenzó entre los miembros del Consejo; el hecho es que bien pronto todo Sinla convino en que en aquel régimen había demasiado Secretario y muy poco Virrey.

Wonder, sin embargo, siempre citaba á S. E. — S. E. dice esto; S. E. piensa aquello;

en opinión de S. E., y así sucesivamente. La Excelencia se contentaba con sonreír, pero sin hacer observación alguna.

Decía que mientras sus consejeros se tiraban los trastos á la cabeza con el bueno y querido secretario, tal vez se sintieran inclinados á dejar en paz el Inmemorial Oriente.

—El hombre prudente no adquiere compromisos — añadía — porque éstos son la contribución impuesta á un tonto por lo imprevisto. Yo no soy lo primero ni creo en lo último.

Confieso que no veo claro lo que quería decir con esto, á menos que no se refiriera más que á la política, á las pólizas de seguros.

Tal vez este fuera el modo que tenía el Virrey de quitarse de enmedio.

En aquella época llegó á Sinla uno de esos seres perturbados que no tienen más que una idea en el cerebro. Esta clase de hombres suelen ser los que realizan ciertas empresas, pero no es muy divertido hablar con ellos.

Se llamaba el tal Mellish y había vivido por espacio de quince años en una finca suya situada en la Bengala inferior, estudiando el cólera.

Sostenía que el cólera era un germen que

se propagaba por sí mismo, volando á través de una atmósfera húmeda, y se pegaba á las ramas de los árboles como si fuera un copo de lana; pero se volvía completamente estéril merced al «Invencible fumigatorio Mellish». ¡Un polvo espeso, de color negro violeta, y «producto de quince años de investigaciones científicas, señores!»

Los inventores parecen seres de una casta especial: charlan mucho y á gritos; especialmente de las conspiraciones y de los monopolizadores; dan puñetazos en la mesa cuando hablan, y parece que de su persona se escapan fragmentos de su invención.

Mellish decía que había en Sinla un círculo de médicos capitaneados por el cirujano general, y que, á juzgar por las apariencias, constituían una liga contra los médicos de los hospitales del Imperio.

No recuerdo bien en qué fundamentaba su creencia, pero había algo de manejos secretos en las montañas... Lo que él necesitaba era que vigilase y descubriese estas cosas el Virrey, «¡Intendente de nuestra muy Graciosa Majestad la Reina, señores!».

Mellish, al venir á Sinla, trajo ochenta y

cuatro libras de su fumigatorio en el baúl á fin de hablar con el Virrey y demostrarle los méritos de su invento.

Pero es más fácil ver á un Virrey que hablarle, como no se tenga la suerte de ser un hombre tan importante como Mellish el de Madras.

Este Mellish era un hombre de seis mil rupias y de tanta importancia, que sus hijas, más que casarse, lo que hacían era *contratar alianzas*. Y él... no se crea que estaba pagado. No: recibía emolumentos por sus viajes, en los cuales recorría el país con el objeto de *observar*.

Su misión consistía en excitar con su vara muy larga, al pueblo de Madras, como se excita á las tencas en un estanque, y el pueblo estaba obligado á abandonar sus antiguas plácidas costumbres, para decir suspirando: «He aquí la civilización y el progreso».

¿No es esto primoroso?

Además, daba á Mellish estatuas y guirnaldas de jazmines, con la esperanza de perderle de vista.

Mellish llegó á Sinla para conferenciar con el Virrey.

Este era uno de sus principales objetos.

S. E. no conocía de vista á Mellishe; sabía tan sólo que era una de aquellas deidades de las clases medias que se juzgan indispensables para el regalo espiritual en el paraíso de esas mismas clases y que, probablemente, había inspirado, designado, fundado y enriquecido todas las instituciones públicas de Madras. Esto prueba que el excelentísimo señor, á pesar de estar dormido, conocía bien los manejos de los hombres de seis mil rupias.

El nombre de este Mellishe era E. Mellishe, y el del fumigatorio se llamaba E. S. Mellish. Vivían ambos en el mismo hotel, y la fatalidad, que preside el Imperio de la India, ordenó que Wonder se equivocara, suprimiera la *e* final como si el *chaprassi* (1) le hubiera ayudado, y pusiera la siguiente carta:

«Querido Mr. Mellish: ¿Podría usted prescindir de cualquiera otra invitación y tomar el lunch con nosotros mañana á las dos? En ese caso, podrá usted conferenciar con S. E. durante una hora.»

Esta carta, destinada al hombre de Ma-

(1) Especie de ordenanza indígena.—(N. del T.)

dras, fué á parar á manos del hombre del fumigatorio, que estuvo á punto de llorar de orgullo y de alegría, y á la hora marcada se dirigió, contoneándose, á Peterhoff, con grandes cartuchos de papel llenos de los famosos polvos y metidos en los bolsillos de atrás de la levita.

La ocasión se había presentado y tenía la resolución de aprovecharla todo lo posible.

Mellishe, el de Madras, había sido tan portentosamente solemne respecto á su futura conferencia con el Virrey, que Wonder lo arregló todo para una merienda íntima, á la que no asistirían ni el ayudante de campo, ni el secretario, ni nadie más que el Virrey, el cual decía lastimeramente, que le daba miedo quedarse solo con un autócrata sin bozal como el gran Mellishe de Madras.

Pero el invitado no fastidió á S. E.: al contrario; le divirtió grandemente.

Mellish estaba nervioso, deseando tratar de su fumigatorio, y habló, sin saber lo que decía, durante la merienda y hasta el momento en que el Virrey le invitó á fumar.

S. E. estaba entusiasmado porque Mellish no hablaba de negocios.

Apenas encendieron los cigarros, Mellish se expresó como un hombre, empezando por sus teorías sobre el cólera, pasando revista á sus quince años de investigaciones científicas y estudiando las maquinaciones del círculo médico de Sinla y las excelencias de su fumigatorio.

El Virrey le contemplaba con los ojos entornados mientras pensaba:

—Evidentemente, este tigre me lo han falsificado: pero, de todos modos, es un animal originalísimo.

Los cabellos del inventor se erizaban, efecto de la creciente excitación que sentía; las palabras se enredaban en los trémulos labios; las manos comenzaron á buscar algo en los bolsillos de la levita, y antes que S. E. pudiera darse cuenta de lo que hacía, uno de los cartuchos llenos de polvos lanzó su contenido sobre un gran cenicero de plata.

—V. E. juzgará por sí mismo — dijo Mellish. — Es preciso que juzgue por sí mismo. ¡El éxito es infalible: palabra de honor!

Y aplicando el fuego de su cigarro á los polvos maravillosos, comenzaron éstos á lanzar humo como un volcán en actividad, ele-

vándose y extendiéndose por toda la habitación densas y grasientas guirnaldas de color de cobre.

En cinco segundos la estancia se llenó completamente del olor más acre y nauseabundo y de un vapor que, penetrando en la garganta, hacía imposible la respiración.

Los polvos, al quemarse, silbaban, produciendo un ruido semejante al de la pólvora húmeda cuando se la enciende, y cubrían el aire de chispas azules y verdes, que matizaban aquel humo cada vez más denso, que hacía imposible ver, respirar, vivir. Pero Mellish estaba acostumbrado.

—Nitrato de estronciana; barita; huesos en polvo, etc., etc. Mil pies cúbicos de humo por pulgada cúbica. ¡No hay germen que resista! Yo lo afirmo, excelentísimo señor.

S. E. había salido huyendo y estaba tosiendo de un modo horrible al pie de la escalera, mientras en el interior del palacio de Peterhoff se oía un zumbido semejante al de una inmensa colmena.

Los lanceros rojos; el jefe de los *chaprassis*, que sabía inglés, y los maceros acudieron, mientras las señoras bajaban desoladas por las

escaleras gritando ¡fuego!, porque el humo se había esparcido por toda la casa, salía por las ventanas, llenaba las galerías y, retorciéndose y enroscándose en densas espirales, llegaba á los jardines.

Nadie pudo entrar en la habitación donde Mellish explicaba las excelencias de su fumigatorio, hasta que aquellos polvos inexplicables acabaron de quemarse. Entonces un ayudante de campo, que ambicionaba la cruz Victoria (1), cruzó rápidamente á través de las agitadas nubes y sacó arrastrando al inventor.

El Virrey se tendía de risa y no tuvo acción más que para agitar débilmente las manos rechazando un nuevo cartucho del fumigatorio, que Mellish agitaba triunfalmente ofreciéndosele.

—¡Admirable, admirable!—suspiró S. E.—Tiene usted razón: no hay germen que resista. Lo juro. ¡Exito portentoso!

Y volvió á reír de nuevo hasta llorar de risa. En aquel momento Wonder, que había encontrado en el paseo al verdadero Mellish

(1) Orden creada para premiar los hechos distinguidos realizados en campaña.—(N. del T.)

bufando como un caballo indómito, entró y quedó profundamente sorprendido ante aquella escena.

El Virrey, por el contrario, estaba contento, pues vió que el secretario tendría que marcharse inmediatamente; y en cuanto á Mellish, se sintió entusiasmado con su fumigatorio, porque creía que había triturado al círculo médico de Sinla.

Pocos hombres podían contar una historia como S. E., cuando se dignaba tomarse ese trabajo. Su narración del caso del *buen amigo de Wonder*: del hombre de los polvos, corrió por todo Sinla, y las gentes parlanchinas hicieron verdaderamente infeliz al secretario con las observaciones que se permitían.

S. E., sabiendo lo que hacía, contó la cosa más veces de las que á Wonder conviniera, y un día en una gira, precisamente cuando el secretario estaba sentado detrás de él, dijo en tono ofensivo para Wonder:

—Yo, la verdad, creí por un momento que mi queridísimo y buen Wonder había alquilado un asesino para que le dejara libre el camino del trono.

Todo el mundo soltó la carcajada; y como ha-

bía cierto delicado retintín en el tono de S. E. que no pasó inadvertido para el secretario, éste comprendió que... su salud se había resentido, por lo que pidió y obtuvo permiso para regresar á Inglaterra.

El Virrey dijo que el carácter inflamable del secretario era muy bueno para lucir en la Metrópoli entre las personas *finchadas*.

—Mis grandes deficiencias—añadió S. E. más tarde, recordando lo ocurrido y guiñando los ojos,—y mi falta de carácter, debían ser muy desagradables para un hombre tan excepcional.



EL ARRESTO DEL TENIENTE GOLIGHTLY

Y él me dijo: Se me ha olvidado la contraseña.—Y yo le dije: ¿Se le ha olvidado? ¿Se le ha olvidado?—Y él me dijo: ¡Pero soy el coronel!—Y yo le dije: ¿Con que es usted el coronel, eh? Coronel ó no, espere que me releven, y el sargento dará cuenta de la cara feísima que tiene usted. ¡Qué demonio! Eso le dije.

Y... ¡voto al chápuro! era de verdad el coronel; pero entonces yo era quinto.

(Autobiografía inédita del soldado Ortheris.)

Si había algo de que realmente estuviera orgulloso Golightly, era de presentarse siempre como cumple á un caballero y á un oficial.

—Por honrar el uniforme—solía decir—es por lo que me visto con tanto esmero.

Los que le conocían bien aseguraban que